A Goya pasado

VICENTE MOLINA FOIX

Los que lo vimos en casa no lo notamos, pero dicen que en la gala de los Goya el aire se cortaba con cuchillo. Así, la importancia industrial, económica, que unos premios al principio tildados de marginales y bastante pesados (no sólo por la estatuilla del honor, que me cuenta algún galardonado que sigue siendo insostenible) ha adquirido, este año se codeaba con la pasión que siempre pone en la vida la intriga. Los pasillos hervían de rumores, el fantasma de Garci estuvo en un tris de aparecerse a la concurrencia en los altillos de la sala, y hubo hasta un *suspenso* inesperado en el reparto de premios. Es lo que tiene la tele respecto a lo real; aunque el programa fue transmitido con gran soltura y eficacia, los grados de emoción y la nube del presentimiento no calaban en nuestros cuartos de estar, donde sí distinguíamos, eso sí, el boquete generacional que la vestimenta marca en una misma película: el impecable esmoquin del productor Elías Querejeta, los tejanos con respiraderos en la tela de su director, Fernando León.

Como cualquier otro espectador fiel al cine español, yo tenía mis premios en la cabeza (la mía, que es ligera en comparación), y no todos coinciden con los de la Academia. Pero hay que respetar un veredicto salido de un doble proceso de votaciones secretas, en la nominación y en la concesión. El tema Garci. Entiendo su ira por las acusaciones o veladas sospechas, pero le envidio sus dotes de *showman,* en el cine tan valiosas. Anunciando cuando ya los votos estaban emitidos que no acudiría, se convirtió en el eje de la velada, el convidado de piedra cuya voz refunfuñona podría helar la sonrisa de los asistentes.

Yo espero que el lío se aclare, pero no pequemos de tontos. Comprar un voto es cosa grave, aunque tampoco sé, ahora que parece haberse demostrado que no hubo una significativa puesta al día de cuotas atrasadas, dónde se puede fijar el punto en que una invitación a comer, una llamada telefónica, una carta, se convierten en elementos de delito. Los *oscars* de Hollywood, que en tantos detalles son el modelo de los Goya, admiten en la fase previa a las votaciones ciertas iniciativas que, analizadas con rigor, podrían ser sospechosas. Nuestro Néstor Almendros, que perteneció a la Academia norteamericana, contaba el sinfín de atenciones indirectas que los miembros más veteranos (tradicionalmente considerados los más proclives a participar en la votación) reciben de los candidatos del año, que van desde el regalo masivo de las cintas de vídeo correspondiente hasta las facilidades de transporte personal.

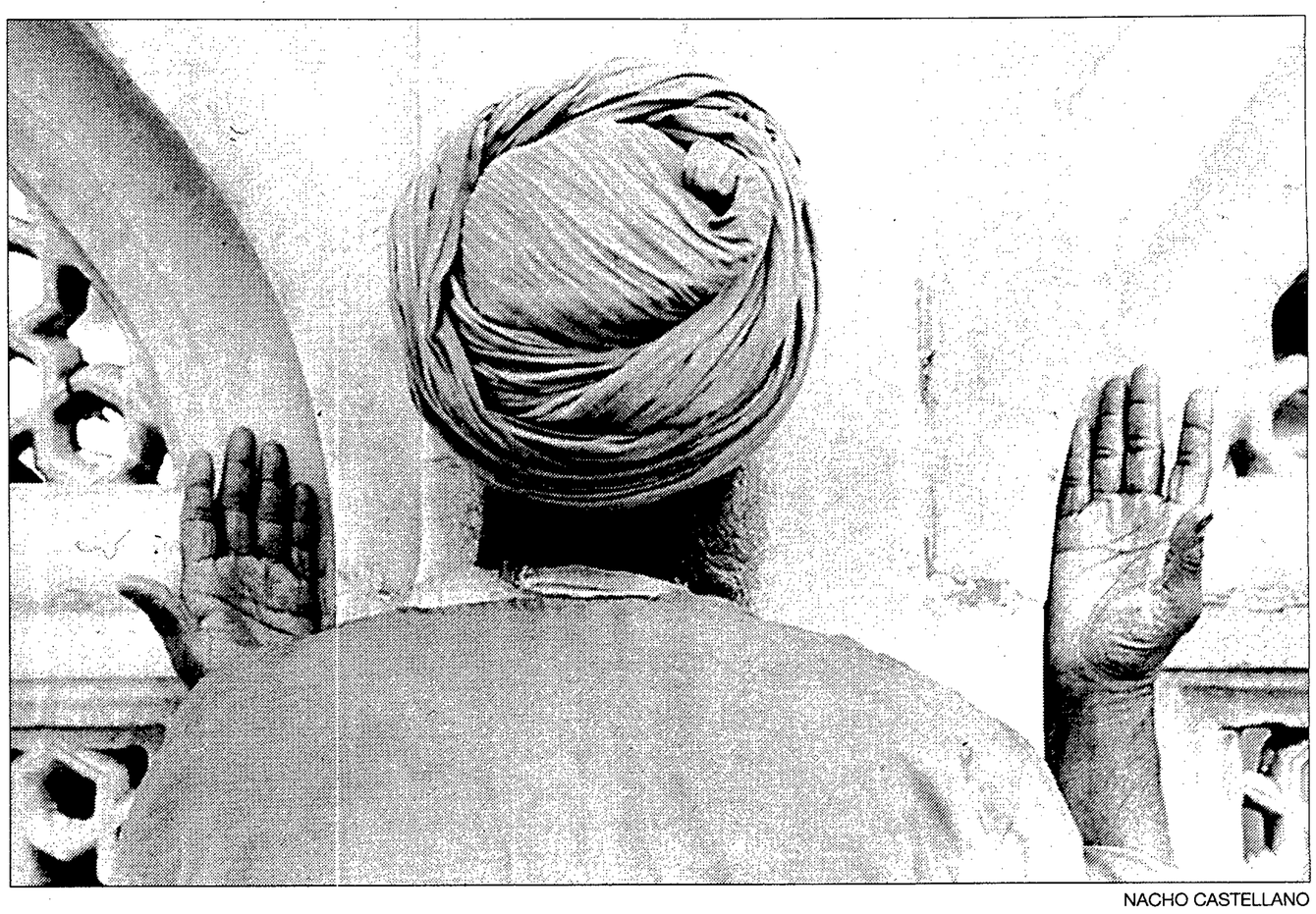
Y hablando de academias ilustres. La Real Academia Española, tan limpia, fija y esplendorosa, ve como uno de

Miroslav Taborsky, en el centro, en una imagen de *La niña de tus ojos.*

sus hábitos más corrientes, incluso más castizos, el de la visita a domicilio del candidato propuesto a los académicos, visitas, me consta, que son acompañadas o precedidas de un gran paquete de libros del autor contendiente efusivamente dedicados. A veces, por desgracia, los límites de lo que sería, en el conocido término electoral inglés, un aceptado *canvassing* (solicitación de votos), son rotos estrepitosamente, como en el caso de un conocido columnista, autor también de novelas que, cuando se aproximan las fechas del Cervantes o se produce una vacante en la Academia, ensalza por escrito a jurados y académicos a los que había, no mucho antes, puesto a caldo.

Para mí, en cualquier caso, el enigma de este año no es Garci, sino el checo. He puesto por escrito *(Cinemanía,* número 39, de diciembre de 1998) la enorme admiración que siento por Miroslav Taborsky, que interpreta prodigiosamente al traductor en *La niña de tus ojos,* pero, ¿no ha contravenido la Academia su propia base número 20, que señala que el Premio Revelación "se otorgará a aquellos actores/actrices noveles" que "hayan destacado en su primera interpretación"?

Taborsky, que estuvo simpático, aunque quizá se alargó checoslovacamente al dar las gracias, inició su carrera en 1990, y ha participado al menos en siete películas, una de las cuales, *Kolya,* obtuvo el Oscar al mejor filme en lengua extranjera en 1997; lejos de mí el buscar más bulla en estos Goya, pero está claro que nos hallamos ante un caso susceptible de impugnación. A no ser que la manga académica vaya por hombro, y si es así, ¿por qué no premiar a la legendaria heroína de Fassbinder Hanna Schygulla, que también se *revela* en el cine español haciendo de la esposa de Goebbels en la película de Trueba?



NACHO CASTELLANO

Un peregrino reza en la ciudad india de Ajmer.

Nacho Castellano refleja el alma sufí en un libro de 62 fotografías

El autor de 'Ajmer, peregrinos del sufismo' expone en varias ciudades

M. Á. V., **Madrid**

Fruto de estancias de meses en la ciudad india de Ajmer, el fotógrafo Nacho Castellano (Madrid, 1966) ha reflejado en un libro el alma de una de las peregrinaciones sufíes más importantes de Asia. Unos 150.000 fieles musulmanes acuden cada año a Ajmer para conmemorar el aniversario de la muerte de un santo sufí en una demostración, en palabras de Castellano, de "tolerancia, apertura a otras religiones y hospitalidad".

Imágenes cotidianas, ritos religiosos, rostros de gentes de toda edad y concentraciones de masas retratan en 62 fotografías el espíritu sufí, una de las corrientes religiosas del islam, en el libro *Ajmer, peregrinos del sufismo* (editorial Photovision). "Les debo mucho respeto a esta gente", comenta Nacho Castellano, "porque demuestran con su actitud y sus vivencias religiosas que el islam es mucho más que el integrismo que proyectan los medios de comunicación occidentales. Se trata de una experiencia que me ha marcado como fotógrafo y como persona".

Tras haber trabajado como colaborador de EL PAÍS y de otros periódicos y revistas europeos, Nacho Castellano ha residido durante una larga temporada en la India, y acudió en un par de ocasiones a las peregrinaciones de Ajmer, que se prolongan durante cerca de un mes cada año. "No obstante", señala el fotógrafo, "no todos los peregrinos pasan las cuatro semanas en Ajmer, ya que la mayoría de gente, que viaja desde todos los puntos del país, no dispone de medios económicos suficientes".

El fotógrafo ha realizado su trabajo en colaboración con Claire Devos, una experta en el mundo indio, y con el santo sufí Khwaja Moinudin Chisti, uno de los precursores del islam en la India. Tras unas palabras de agradecimiento hacia estas dos personas, Nacho Castellano resalta que "el sufismo es también una filosofía o una forma de vida donde el mundo interior es muy necesario".

La exposición sobre la peregrinación sufí de Ajmer fue montada el pasado mes de abril en la sede de la Unesco en París, ciudad donde Castellano ha vivido y trabajado durante años. Posteriormente la muestra viajó hasta Granada, donde fue exhibida el pasado mes de octubre. Tras la reciente presentación del libro en la FNAC de Madrid, el fotógrafo viajará a Barcelona y Valencia para mostrar su trabajo.

Madrid acoge una completa retrospectiva del catalán Miguel Villá

FRANCISCO CALVO SERRALLER

El Centro Cultural Conde Duque, del Ayuntamiento de Madrid, presenta la exposición *Miquel Villá (1901-1988),* en la que se han reunido unas setenta obras de este gran pintor catalán. La muestra ha sido patrocinada por la Fundación Banco de Sabadell y cuenta con el comisariado de Tomás Casañas, además de haberse publicado un catálogo con textos de Marta Maragall, Antonio Urrutia y Javier Tusell.

Hay que celebrar esta iniciativa de traer una selección retrospectiva de Miguel Villá a Madrid, por la importancia y calidad de la obra realizada por el artista, pero también porque mantuvo siempre una relación entrañable con nuestra ciudad, en la que empezó a exponer, de mano de Eugenio D'Ors, ya en los años de la inmediata posguerra y lo continuó haciendo a lo largo de su vida, lo que explica que haya una notable representación de sus cuadros en las colecciones privadas madrileñas.

Miguel Villá pertenece a una singular y muy hermosa tradición moderna de la pintura catalana, marcada por el espíritu del clasicismo mediterráneo, en la que el orden no corrige la emoción, porque, por así decirlo, hace del orden algo emocionante, sensual e, incluso, un misterio fascinante.

Este clasicismo, con no pocos acentos del provenzal Cézanne, poseyó siempre esa peculiar fuerza telúrica que se aprecia en el Miró inmediatamente anterior al surrealismo, pero que también recoge el aire arcádico de Joaquín Sunyer. Villá, que vibró siempre al son de esta fragancia paisajística, se insertó en la vanguardia de entreguerras completando ese espíritu vernáculo con referencias del universo neoclasicista italiano a lo Campigli, que interesó a otros maestros europeos del momento, como el mismo Balthus. En este sentido, hay en su trayectoria una afinidad en paralelo con lo que ha sido, por ejemplo, la de otro gran artista catalán como Xavier Valls.

Lo verdaderamente importante es ahora poder contemplar la obra de Villá a través de una selección, no sólo muy bien hecha desde una perspectiva cronológica, sino también desde la que presenta sus centros de gravedad temáticos, como el paisaje, los retratos, los interiores, la arquitectura y el desnudo. Villá fue un extraordinario y muy original colorista, de una paleta de hermosa luminosidad a partir de tonos profundos y habría que decir que casi oscuros. Su textura es densa y riquísima, lo que acrecienta la sensación de solidez compacta, de quietud, pero, no obstante, muy sensual, física, embriagadora. Creo, por tanto, que esta exposición resultará un emocionante descubrimiento para quienes, amando la pintura, no hayan conocido antes bien la obra de Villá.